



Ante el peligro Más que problema de ejércitos, problema de conciencia

CADA vez que la situación internacional se clarifica o pierde tensión, y, por consecuencia, parecen alejarse los peligros de guerra, el caudillo y sus turiferarios sufren un ataque de nervios que se traduce en el histerismo de su propaganda, hablada o escrita. Elevan el diapason, retuercen los argumentos, machacan furiosamente sobre el yunque para que no se enfrie el hierro candente que ha de encender la hoguera bélica. Y siempre acaban por el mismo registro: achacar a las democracias europeas —Inglaterra y Francia principalmente— el turbio designio de estar favoreciendo bajo mano la causa del comunismo mientras se beneficia del Plan Marshall y del oro norteamericano. En cambio España se ve privada de todo auxilio económico, no obstante ser hoy —versión franquista, por supuesto— el único país de Europa amigo incondicional de los Estados Unidos y dispuesto a cuantos sacrificios se le pidan —y paguen— para combatir a Rusia. O a quien fuere, Franco, en realidad, no hace distinciones. Como esas mujeres que lloran un amor desgraciado e imposible, al cual continúan siendo fieles, pero a quienes la necesidad de vivir obliga a fingir arrumacos para engañar al primer incauto que se presente, Franco es hoy maleria cotidiana. Sus amantes de corazón fueron Hitler y Mussolini. Vivos aquellos, que la aseguraban protección y riquezas, garantizadas con brazo remanado y la navaja al puño, Franco meneaba las caderas, torcía el abdomen y les hacía ascos y desdenes a las «plutodemocracias podridas». Muertos los gigantes que lo protegían, Franco ya no hace ascos a nadie. Al revés. El muerto al hoyo y el vivo al bollo, reza el refrán. Y la verdad es que Franco, por amor o por conveniencia, siempre ha estado al bollo. Ayer, cuando los rusos —aliados de los EE. UU., Inglaterra y Francia, si no recordamos mal—, avanzaban sobre Europa, Franco le ofrecía un millón de soldados a Hitler para defender Berlín. Hoy, cuando se reputa inevitable —lo cual no quiere decir que lo sea, y nosotros somos de los que piensan que no lo es— una tercera guerra mundial, Franco ofrece el mismo millón de soldados a los que entonces luchaban contra Hitler. Es cuestión de precio. Y como los únicos que parecen dispuestos a aceptar sus favores de segunda mano, aunque como si lo fueran de primera, son los EE.UU., a ellos les ofrece sus sonrisas y dengues de barragana en alfiler.

Si alguien les debe gratitud al comunismo y a Stalin es Franco. Agitando el espantajo del comunismo ha justificado su crimen contra España a los ojos del papanatismo universal, que es infinito. Nos parece que debe lisen, por boca de uno de sus personajes, el que dijo que la barca del mundo se hundirá un día bajo el peso de los imbeciles. Esos imbeciles, a quienes la estupidez ha desprovisto de sentido moral, son los que protegen a Franco y le disciernen títulos de salvador de la cristiandad, vencedor en España de un comunismo que no existió jamás. Explotando su anticomunismo se ha sostenido en su solio, sin importarle humillaciones y a costa del hambre y la desesperación de los españoles. Atizando el pavor que el comunismo inspira, hinchando los peligros de guerra y realizando hasta la hipérbole el valor militar de un ejército que hasta ahora no ha demostrado servir más que para sublevarse contra un pueblo inerme y para ejercer después oficios viles de policía, ha logrado ya que los EE.UU., desdenosos del mundo, le arrojen algunos mendrugos, y está ahora —si no lo evita una enérgica repulsa de la democracia europea y una acción resuelta de las organizaciones obreras— más cerca que nunca de conseguir que se le haga un hueco para que participe, aunque sea a manera de entrometido, en el banquete más o menos suculentos del Plan Marshall. No es aventurado suponer que el informe rendido al Presidente Truman por el general Bradley como consecuencia de su visita a Europa refuerza la opinión de los que propugnan la conclusión de un pacto bilateral entre Franco y los EE.UU. que sería —disfrácese como se quiera— una burla al bloque de naciones europeas firmantes del Pacto Atlántico, que tan reiterada y terminantemente se han negado a que Franco tuviera parte en él. En periódicos americanos se están publicando ahora algunas informaciones que denuncian sin veladuras el propósito. Coincidiendo con ellas, se han difundido otras de origen muy sospechoso, como una, por ejemplo, en la que cierto corresponsal, en amplio despacho fechado en Madrid, alude a una campaña antifranquista dirigida por los rojos y exagera en términos notoriamente deliberados el papel que las partidas de guerrilleros han desempeñado y desempeñan aún dentro de España, de suerte que los timoratos a quienes el fantasma comunista desvela y conturba pensarán con espanto en los horrores que se desencadenarían en la península tan pronto como Franco abandonara el poder. Tenemos motivos muy fundados para decir que ése, como otros corresponsales, percibe jugosas subvenciones del gobierno franquista, a cambio de secundar sus iniciativas para crear el ambiente internacional indispensable a fin de que el acuerdo entre Franco y los EE.UU. se acelere y ultime con el menor escándalo posible. El gobierno franquista no tiene dinero para aliviar la miseria de los hambrientos, pero lo tiene, sin tasa, para comprar automóviles de lujo y para pagar senadores, diputados, periódicos y periodistas venales, sin honor y sin conciencia.

Pero ¿en tanto estiman los dirigentes de la política norteamericana la supuesta aportación militar de Franco, y tanto desestiman la del resto de los países europeos, que no vacilan en procurar la alianza denigrante del primero, aunque para ello sea menester provocar el justificado resentimiento de los segundos? ¿Aun nos resistimos a admitirlo. Mas, si fuera cierto, habría llegado la hora de medir hasta qué punto la política de los EE.UU. es sólo su política y no la política de interés común que dicen practicar en defensa de la civilización occidental y contra la amenaza comunista. Y si, en efecto, los EE.UU. quieren desarrollar sólo su política, ajustada a su particular conveniencia y haciendo tabla rasa de principios ideológicos y compromisos éticos, bueno será que la hagan exclusivamente por su cuenta, sin pretender la colaboración de los países democráticos, que en condiciones tales ya no sería colaboración, sino complicidad y servidumbre. Los EE.UU., de espaldas a su historia, pueden, si lo quieren sus gobernantes, amalgamarse con Franco, verdugo de la libertad. La Europa liberal y socialista, haciendo honor a la suya, tiene opción todavía para oponer una negativa rotunda a tan extraña e inhumana coyuntura. Y Europa —que no es Franco, precisamente— pesa en la conciencia histórica bastante más de lo que imaginan los estrategas del Pentágono, a los cuales, por lo visto, lo único que les falta es darse cuenta de que el problema de la guerra futura, síntesis de todos los problemas de hoy, es justamente; más que un problema de ejércitos mercenarios, un problema de conciencia.

CUANDO en 1940 los esposos Manuel Arocena y Pepita Claverie se establecieron en Méjico, me invitaron a comer con ellos en su apartamento de la Avenida Insurgentes, amueblado con el gusto exquisito que, como buena francesa, ha distinguido siempre a Pepita. La sobremesa se prolongó agradablemente y, por ser uno de esos días que estoy en vena de hablar, hice yo el gasto.

Recordando que Manolo era de Irún y su mujer de San Juan de Luz, me puse a narrar cuantas peripecias me sucedieron en Hendaya durante mi exiliación, el año 1917.

—Por cierto —referí—, que he de asistir aquel otoño a un espectáculo curiosísimo. Mientras se celebraba una boda suntuosa en la iglesia parroquial, llegó de París orden telegráfico de cerrar la frontera. Resultaban imprescindibles tales órdenes siempre que había preparativos de ataques contra los alemanes invasores, porque en aquella guerra, como en esta de ahora, España constituía el principal centro de espionaje contra Francia y, cual ustedes saben, cumplían con tanto rigor que, hasta llegar contraorden nada, fuera quien fuese, atravesaba los puentes internacionales. Muchos de los invitados a la boda procedían de San Sebastián, Irún y Fuenterrabía, y ninguno pudo volver a su casa, debiendo alojarse todos en hoteles hendayeses. Pero como no disponían de más ropa que la de gala, para la ceremonia nupcial y el cierre fronterizo se prolongó días y días, causando gracia ya a los caballeros con sus pecheras y cuellos desplanchados y sus chaquets llenos de arrugas, y a las señoras con sus lujosos vestidos de seda hechos una lástima. Parecían máscaras.

Advertí que Pepita y Manolo sonreían e hice una pausa por si sus sonrisas eran señales de incredulidad.

—¿No sabe usted —me preguntó Pepita—, quiénes fueron los contrayentes?

—No —contesté.

—Pues nosotros mismos.

Y a cargo del matrimonio corrí el resto de la narración, añadiendo pintorescos detalles

Mi escapatoria de 1934 Tres figuras de mujer

por Indalecio Prieto

del lance, que retrasó el viaje de novios por Andalucía.

Manuel Arocena, tras pensarse y larga enfermedad, acaba de fallecer en Cuernavaca. Su muerte ha producido gran remoción de mis recuerdos. Voy a contar algunos que se relacionan con él. Ya que no complazco a cuantos me instan a escribir mis memorias, les ofreceré un episodio digno de figurar en ellas.

Visperas de declararse en octubre de 1934 la huelga general revolucionaria organizada por el Partido Socialista Obrero Español, y la Unión General de Trabajadores en protesta contra el hecho de entregarse las riendas del Gobierno republicano a políticos reaccionarios que ni siquiera habían aceptado la Constitución, Francisco Largo Caballero me dijo: —Quisiera que tú y yo permaneciéramos juntos, mientras dure la huelga. ¿Sabes de alguna casa donde podamos estar?

La encontré y a ella nos trasladamos cuando anochece. Mas a Caballero, por recelar de sus moradores, no le gustó el alojamiento.

—¿Podríamos estar en tu domicilio? —me preguntó.

—Desde luego, —respondí—, pero no se me ocurrió que lo preferiría por hallarse en el mismo edificio las oficinas del Partido y la redacción de EL SOCIALISTA.

Desandando lo andado, volvimos a la calle de Carranza, número 30. En mi domicilio permaneció Largo Caballero varios días con sus noches. Considerando fracasado el movimiento, pues en Madrid se reanudaban las labores, en Barcelona se había rendido la Generalidad y sólo en Asturias mantenían heroicamente el paro los mineros, Largo Caballe-

ro decidió abandonar mi casa. Ni me dijo a cuál otra iba ni yo se lo pregunté, si bien lo supe pronto. Al día siguiente, conversando en mi casa con José Luis Coello de Portugal, actualmente refugiado en Montevideo, recibí aviso confidencial del que el Gobierno había ordenado detenerme, no obstante mi investidura parlamentaria, que lo prohibía sin previo acuerdo de las Cortes. Decidí eludir la arbitrariedad.

Varios policías vigilaban ya mi mansión. Coello de Portugal tenía su automóvil a la puerta. Le pedí que lo quitara de allí para situarlo frente a una cachería de la adyacente calle de Monteleón, donde debía esperarme con el motor en marcha. La tienda de cacherros tenía acceso por el patio de mi casa, al que descendía una escalera de servicio. Bajé por ésta, crucé el patio, entré en la cachería y me metí en el vehículo.

—¿Adónde vamos? —me preguntó Coello.

—No lo sé —le dije—, ya lo pensaremos. Ahora lo importante es alejarse de aquí.

Al fin acordamos ir a casa del ingeniero Carlos Montilla, en una calle retirada, detrás del Museo del Prado. En el portal, varios inquilinos charlaban, comentando los sucesos. Expose a Montilla mi propósito de que me acogiera y el desistimiento de semejante propósito al topar con tanta gente en el portal. Montilla procuró retenerme.

—No pase cuidado porque le hayan visto —me decía—; todos mis vecinos, perfectos caballeros, son gente amiga y a ninguno le reputo capaz de denunciarnos.

—No sea usted ingenuo —repuse—; habrá entre ellos un campeonato de delatores.

Marchamos sin demora y poco después se presentaba la policía, registrando hasta el tejado.

Pernocté en varias casas. El Embajador de Méjico, Jenaro Estrada, me ofreció albergue seguro en su Embajada. Para llegar a ella sólo necesitaba yo recorrer escasos metros. A que el caballero mejicano hubo de anunciarme que, extremando la corrección, notificaría al Gobierno español que yo quedaba amparado por la bandera de su país. Agradeciendo el ofrecimiento, lo renuncié para evitar cualquier incidente diplomático.

La suagra de Fernando de los Ríos

MIS refugios se gastaban. En casos semejantes, deben temerse las indiscreciones tanto o más que las delaciones. Pocosimas personas resultan capaces de guardar un secreto, y muchísimas arden por dar a conocer que poseen alguno.

Limitando todo lo posible la distancia de mis peligrosos traslados, y siendo morador eventual y transeúnte del barrio de Salamanca, resolví establecerme en la vivienda de Fernando de los Ríos, calle de Diego de León. Fue acogido efusivamente, pero Fernando tenía que, por la notoriedad política de él, mi seguridad fuese allí muy escasa. Para disipar sus temores le expose la siguiente teoría:

—Remarque, en «Sin Novedad en el Frente», presenta como infalible el sistema de los soldados alemanes durante la última guerra para librarse del fuego de artillería, sistema consistente en guarecerse dentro de agujeros abiertos ya en la tierra por granadas y en los cuales allí no estallarían nin-

gún nuevo proyectil. Aquí estallo ya un obús: visitó a la policía y le llevó a usted a la cárcel, de donde acaba de salir.

—¿Mas si la policía viene a buscarme de nuevo? —objeto Fernando.

—No es fácil, como no es fácil que caiga una granada en el hoyo abierto por otra —repliqué—; pero si vienen agentes a aprehenderle, usted, decidido a irse con ellos, se va y yo me quedo. ¿A que registrar las habitaciones no ocultándose usted?

Le convencí. Ninguno de mis escondites me resultó nunca tan entretenido como aquel, donde Fernando de los Ríos, su esposa Gloria, su hija Laurita y su madre política, doña Laura, viuda de don Hermenegildo Giner de los Ríos.

¡Qué señora más excepcional doña Laura! Ha muerto casi centenaria en Nueva York. Su ancianidad no le impidió a extraordinarias actividades. Construyó mufecas y las vestía primorosamente, adornándoles los trajes con encajes maravillosos y bordados finísimos, todo obra suya. Ella misma se ataviaba con elegancia y atildamiento propios de los veinte años, cortando y cosiendo las ropas que constituían su amplio vestuario. Pero aun eran más de admirar su ingenio y su talento. Hasta proporcionaba ideas de arquitectura a su hijo, el arquitecto Bernardo. En los últimos años, ya exiliada en Nueva York, y como a Bernardo le encargaron un proyecto de plaza de toros para no sé qué ciudad mejicana, le sugirió que se inspirara en la plaza de Ronda y le envió, trazado de memoria por ella, un croquis de la cuna del torero rondoño. Jamás conocí mejor tan inteligente.

Extremando la precaución, prescindiendo de la carretera directa Madrid-Irún, rodeando por tierras de Soria. Nadie sospecharía la elección de semejante rumbo para ir a Francia.

Habíamos dispuesto comer en un pueblo navarro, en casa de confianza para uno de los expedicionarios —a los demás no nos conocían—, y convenimos no pronunciar nuestros nombres. Pero cuando comenzaron a servirnos los platos llenos de curiosidad, alguien entre mis acompañantes me invitó diciendo: «Tomemos, Prieto, una copa de este vino de la tierra. Y otro le secundó añadiendo: «Si, Indalecio, un traguito, según dicen aquí». El incógnito se había roto. Afortunadamente, faltaba ya poco camino.

La hija de Martínez de Aragón

LEGO la hora deirme de casa de Fernando de los Ríos, por ser muchos los conocedores de mi guardia.

Me fui a vivir con Ernestina Martínez de Aragón, muchacha muy religiosa, hija del patriótico alavés don Gabriel. Por prolongar el verano en Vitoria, Ernestina tenía cerrado su pisito de Madrid, en la calle de García de Paredes. Se le hizo anticipar el regreso.

Al llegar, encargó al portero que si sabía de alguna sirvienta desocupada se lo comunicara. ¡Qué casualidad! Media hora después se presentaba en la portería una muchacha, declarándose apta para todo trabajo doméstico y buscando colocación. El portero la recomendó a Ernestina, quien la admitió sin vacilaciones. Trabajaba de una doméstica a mi servicio desde muchos años. El portero no llegó a enterarse del papel que le había tocado desempeñar en la comedia y se creía digno de gratitud por el favor prestado a la solicitante.

De noche, conducido por Coello de Portugal en su automóvil, efectué el traslado. Me acompañaban Jesús Martínez de Aragón y mi hija Concha. Había de evitarse que me viera entrar el sereno, el cual elegía como punto de parada, por estar en el centro de su demarcación, la casa de Ernestina. Allí lo vimos al pie de un farol, como su colega de «la Verbena de la Paloma». Pasamos rápidamente delante de él, hasta el final de la calle, donde nos detuvimos para que se apearan a Concha. «Sereno», gritó ésta. «¡Voy!», contestó el interperado. Y el vigilante tomó calle arriba mientras nosotros doblábamos por otra. Mi hija le entretuvo preguntándole por un médico imaginario, y cuando vió que Jesús y yo habíamos entrado en el portal y que Coello había desaparecido, se despidió del velador, quien, no sé a cuánto de la llegada del coche y mucho menos de quienes lo ocupábamos.

Mis oscilaciones seguían resultando delictivas. En la del domicilio de Ernestina Martínez de Aragón reflejó los «Episodios Nacionales», de Pérez Galdós. A mi dormitorio llegaba constantemente el rumor de las oraciones de Ernestina, que rogaba por mí. Sé que al expirar, años atrás, en Vitoria, me dedicó algunas de sus últimas plegarias.

Si doña Laura fué la mujer más inteligente que he conocido, Ernestina fué la más santa.

La esposa de Arocena

EL fabricante Renault acababa de lanzar al merca-

do los primeros automóviles con joroba, con esa ahadidura para encerrar maletas. Pero el aditamento no se hallaba todavía provisto de la portezuela exterior con que cuenta hoy. Para utilizarlo, había de levantarse la banqueta trasera en el interior del carruaje.

Manolo Arocena, comprador de uno de dichos coches, pensó que en aquella caja podía yo ir a Francia. Hizo pruebas en Irún con hombre de mi confianza y juzgándolas satisfactorias, el y yo amigo fuimos a buscarlo a Madrid. Simultáneamente, llegó a la capital, procedente de Roma, donde desempeñaba el cargo de agregado a la Embajada española, el comandante aviador Ignacio Hidalgo de Cisneros. Acepté el plan de Arocena y pedí que, a fin de evitar paradas o registros por la guardia civil en la carretera, nos acompañara Hidalgo de Cisneros, de uniforme.

Y un amanecer, apenas concluido el servicio del sereno, emprendimos viaje hacia la frontera francesa. Hidalgo de Cisneros, de uniforme, iba sentado en el sitio más visible, junto al conductor; los asientos delanteros del interior ocupaban mis otros dos amigos, y en aquella trasera, apoyándose en las espaldas de éstos, quedaba levantada, para que yo, acurrucadísimo dentro de la giba pudiera respirar. Cuando cruzábamos con parejas de la guardia civil o atravesábamos poblados, se hacía bajar la banqueta y entonces faltaba poco para asfixiarme. Los guardias, al ver a un jefe de Aviación, hacían el saludo militar, sin pretender identificaciones ni interrogatorios.

Extremando la precaución, prescindiendo de la carretera directa Madrid-Irún, rodeando por tierras de Soria. Nadie sospecharía la elección de semejante rumbo para ir a Francia.

Habíamos dispuesto comer en un pueblo navarro, en casa de confianza para uno de los expedicionarios —a los demás no nos conocían—, y convenimos no pronunciar nuestros nombres. Pero cuando comenzaron a servirnos los platos llenos de curiosidad, alguien entre mis acompañantes me invitó diciendo: «Tomemos, Prieto, una copa de este vino de la tierra. Y otro le secundó añadiendo: «Si, Indalecio, un traguito, según dicen aquí». El incógnito se había roto. Afortunadamente, faltaba ya poco camino.

En San Sebastián se quedó Hidalgo de Cisneros y en Irún, el amigo queridísimo cuyo nombre no cito, porque no puedo citar. Continué hacia el puente de Behobia con el conductor y Manolo Arocena, conocidísimo y apreciadísimo allí. En el lado español del puente, esperaba Pepita, informada de la hora de nuestro arribo. Su presencia daba más naturalidad al paso, porque frecuentemente citábase allí el matrimonio cuando Manolo iba a San Sebastián.

Desde mi nicho trepidante, donde llevaba recorridos más de medio millar de kilómetros y en aquel momento herméticamente cerrado, of los aires afectuosos de aduaneros, carabineros y guardias civiles. Ni allá ni en el lado francés, fué registrado el vehículo. A los Arocenas nunca sé lo registraban y, además, la joroba constituía una novedad. Nadie se imaginaba que dentro de ella había contrabando: yo.

Ante tal éxito, se repitió el procedimiento para sacar gentes ocultas en Asturias, empresa de la cual se encargó Pepita Claverie. Ella sola, con el chófer, se adentraba en sierras y valles asturianos. De pasaporte servía una gran cruz de oro, colgada del cuello. Al vérsela, los guardias desistían de toda investigación. ¿Cómo sospechar que tan piadosa dama llevara oculto a alguien de los líderes mineros que debían ser aprehendidos?

Si doña Laura fué la mujer más inteligente que he conocido y Ernestina la más santa, Pepita es la más valiente.

Hidalgo de Cisneros, que regresó inmediatamente a su destino de Roma, relató mi escapatoria a don Ramón María del Valle Inclán, que vivía allí. El famoso escritor marchó a Madrid y la refirió en los cafés con toda clase de detalles. Por fortuna, nadie le creyó. «¡Qué fantasía la de don Ramón!», exclamaban por lo bajo sus contertulios, considerando la narración una de sus continuas invenciones.

Manolo Arocena, mientras agonizaba en Cuernavaca, sufrió dulces desvarios, tomando los montes del Estado de Morelos por los Pirineos, donde él nació y creció. ¿Qué magia posee la tierra natal para dejarse ver a la hora de morir, aun estando muy lejos de ella? Arocena, señalando una cumbre cercana a Cuernavaca, afirmaba que era la de San Marcial, el monte irunés de inmemorial rojería. Las montañas que rodearon su niñez y su juventud se le aparecieron como espejo de su alma. ¡Pobre amigo!

Méjico, D.F. Junio de 1951.

El Socialismo en marcha La Internacional Socialista

por Victor Larock

II
LA Internacional Socialista será una federación de partidos. De partidos de importancia desigual, de estructuras a menudo diferentes, y cuyos medios de acción, métodos y perspectivas varían según los países. Sobre el plano nacional, algunos detentan todo el poder o casi todo; otros lo comparten con otros partidos; varios están en la oposición; un buen número se han reagrupado en el exilio. Cada uno tiene sus responsabilidades particulares, problemas especiales, que a veces son los más absorbentes. Mientras en Gran Bretaña hay cursos católicos que hacen campaña públicamente en las elecciones en favor de los candidatos laboristas, en la mayoría de los países continentales un espectáculo semejante causaría escándalo. En todas partes donde el catolicismo ejerce una fuerte influencia, la lucha anticlerical es inevitable.

Incluso sobre el terreno internacional, las tendencias difieren en función de las situaciones. Es natural, por ejemplo, que las intervenciones apremiantes de los americanos en favor del Plan Schuman no hayan sido acogidas exactamente de la misma manera por nuestros camaradas franceses y alemanes. No menos natural es que la cuestión de la defensa común no sea enteramente considerada bajo el mismo ángulo en la Alemania ocupada y en los Estados ocupados.

No habría, pues, manera de imponer a los partidos asociados en la Internacional una forma cualquiera de sometimiento o de subordinación a la voluntad de una mayoría, fuese ésta cual fuese. A menos de transgredir los principios fundamentales admitidos por todos, cada partido conserva una entera libertad de decisión. No se trata, en ningún caso, de rivalizar con el Komintern, el cual exigía de sus adherentes una disciplina de hierro que confinaba con la disciplina militar, y menos aun con el Kominform, que no es sino una dependencia del ministerio de Relaciones Exteriores de Moscú. Nuestra federación está formada por partidos autónomos unidos por las mismas

ideas fundamentales, por los mismos objetivos, por la misma voluntad de marchar en la misma dirección siguiendo las vías que cada uno juzgue más apropiadas.

Pretender que fuese de otra manera sería condenarse al fracaso. La experiencia de nuestros predecesores debe convencerlos. Si se quiere que las decisiones a adoptar en conjunto tengan una eficacia real, es necesario que respondan en cada partido a las de la mayoría.

DEMAS, era así como lo entendían los fundadores de la Primera Internacional. ¿Qué tareas asignaba el «Congreso general de los obreros» de 1865 a su Comité central? 1.) Intercambio de informaciones; 2.) Encuestas simultáneas en diferentes países sobre los problemas sociales; 3.) La investigación en común de las soluciones; 4.) Ayuda mutua en la aplicación de las decisiones tomadas; 5.) Proyectos de iniciativa a someter a los organismos nacionales.

El artículo primero de los estatutos de la Internacional, redactados en gran parte por Carlos Marx, estaba concebido en estos términos: «La Asociación se ha establecido para crear un punto central de enlace y de colaboración entre las Sociedades obreras existentes en diferentes países y que aspiran al mismo objetivo, a saber: la protección, el progreso y la completa emancipación de la clase obrera». En-

lace y colaboración; nada más. Una obligación se fijaba a los partidos: la de una absoluta independencia.

El proyecto de estatuto de la nueva Internacional define así su papel: «El objetivo de la Internacional Socialista es reforzar las relaciones entre los partidos afiliados y coordinar su acción y su política».

La fórmula es buena por su brevedad. Desde hace seis años el COMISCO ha reanudado las relaciones rotas por la guerra. Modestamente, sin hacer gran ruido, ha prescrito amplias confrontaciones de ideas, organizado una información recíproca, secundado la ayuda mutua, principalmente en lo que afecta a socialistas exiliados; ha ejercido una acción discreta, pero eficaz, en circunstancias difíciles; en Grecia durante la guerra civil, en Viena en el momento crítico del bloqueo de Berlín. En Conferencias oficiales y en asambleas internacionales, en Estrasburgo y otros lugares, se estableció enlace entre delegados socialistas. Las reuniones de expertos del COMISCO han sido fructuosas. El Plan Schuman, en su forma primitiva, le debe mucho. Los proyectos de «pool» agrícola han sido estudiados mucho antes de que se fijara en ellos la atención de los Gobiernos. Los contactos con los partidos de ultramar se han multiplicado. Y no es este el momento de evocar otras actividades que no tenían

probabilidades de éxito más que a condición de ser lo menos «espectaculares» posible. Los que miden la valía de una acción por el ruido de su propaganda han podido quedar decepcionados, pero el COMISCO se ha atendido más a los resultados que a la publicidad.

LA Internacional está en pie de marcha. Tiene ante ella un campo bien preparado. Es menester detallar en un estatuto todas las tareas a las cuales debe unirse. Sería inoportuno e inútil. Vale más demostrar el movimiento andando. Si el método no es nuevo, al menos ha hecho sus pruebas. Digamos de pasada que el Consejo de Europa habría, tal vez, progresado más rápidamente si desde un principio, como deseaba Spaak, hubiese adoptado ese método.

Reforzar las relaciones, coordinar las acciones y las políticas de tal modo que las posiciones internacionales del Socialismo democrático sean discutidas y puestas a punto de común acuerdo. El resto corresponde al dominio de la ejecución, y cada partido es libre de ajustar su táctica según su situación y sus medios.

Las divergencias y contradicciones aparentes no tendrán nada de desconcertante si los objetivos continúan siendo los mismos. ¿Qué más natural, por ejemplo, que los socialistas alemanes hagan oposición al Plan Schuman en la medida que éste contenga cláusulas discriminatorias respecto a Alemania? Los partidos tratan entre sí en pie de igualdad, y deben exigir que los pactos intergubernamentales sean concebidos conforme al mismo principio. Por lo demás ¿qué posibilidades de duración podría tener un tratado como éste si hubiera de ser impuesto contra la voluntad de la Socialdemocracia, que podría estar mañana en el poder si se celebraran elecciones hoy?

Lo esencial es la voluntad de actuar en conjunto, en Europa como en las otras partes del mundo. Es la resolución de formar bloque por encima de toda preocupación puramente nacional y —nuestros camaradas británicos hallarán un término (Termina en la segunda pag.)

En favor de Anna Kethly Conferencia internacional de mujeres socialistas

Francfort del Meno (SIS). — Termináronse el 28 de junio las tareas de la Conferencia internacional de mujeres socialistas. Estas reuniones femeninas tienen ya una larga tradición, que data de 1910, a raíz del acuerdo adoptado por la Internacional Socialista en Copenhague para que, a la vez que se reuniera dicha Internacional, se celebrara también una Conferencia femenina. Han asistido a esta reunión de Francfort delegadas de 16 países.

Entre las resoluciones adoptadas figura una, de tonos patéticos, haciendo un nuevo llamamiento de resonancia internacional encaminado a obtener la liberación de la compañera húngara Anna Kethly, condenada por las autoridades stalinistas de su país, a pesar de su avanzada edad, a quince años de trabajos forzados.



El primero de Mayo en Montevideo

(Crónica recibida con retraso) Montevideo (SIS). Los actos de la Fiesta Internacional del Trabajo se desarrollaron con gran brillantez. Reunió enorme concurrencia un mitin público en el cual hicieron uso de la palabra los compañeros Ribera, de las J.J.S.S., el español Fernández Alborz, el venezolano Gómez Malaret, Roberto Ibañez y Emilio Frusoni, este último secretario general del Partido Socialista uruguayo.

Ribera habló de la revolución social que se está gestando en el mundo y cuya victoria significará la vigencia real de la libertad y de la justicia. Ibañez hizo amplia referencia a las huelgas de Barcelona, Bilbao y otras regiones de España, manifestando que para contener a los totalitarismos las NN.UU. deberían contar con el concurso efectivo de los pueblos. Gómez Malaret hizo un discurso en el que se refirió al primer día de Mayo, cuya celebración fue decidida en París el año 1889 y se celebró en Montevideo el día 1.º de mayo, general a partir de 1890. El venezolano Gómez Malaret hizo referencia a lo conseguido en el movimiento obrero de América, donde el americano no concibe vivir sin libertad, demostrando que estos principios han sido más firmes y traidores. Como pretexto de inseguridad interior, se atropellaron y anulaban los derechos adquiridos, se está defendiendo a tiranos y tiranuelos, enemigos del pueblo y utilizando como parapeo el peligro comunista, se va asesinando la democracia en América.

Fernández Alborz examinó el problema español, exponiendo cómo el pueblo, defendido con las armas, se encuentra en España vinculada a una República democrática y libre. Y ese pueblo va perdiendo la voz y se ha quedado sin voto. Se comienza a tener conciencia de que el pueblo español no ha perdido su pulso histórico, y celebra también su primer día de Mayo, no sólo en el ámbito de las conciencias, sino hasta en las cárceles, con la disciplina necesaria, pero de un modo colectivo. Como resultado de estas consideraciones interesantes, dijo que la democracia no puede existir sin libertad, y que la libertad es un regalo y un hombre sin libertad un miserable esclavo.

Habló por último Emilio Frusoni, Registrador al signo, exponiendo la manifestación obrera que había ocurrido la Avenida Agraciada, organizada por la nueva Confederación de Sindicatos obreros del Uruguay que está coordinando las entidades gremiales libres por métodos democráticos y con dignidad. Los totalitarismos extranjeros y de influencias confesionales. En adelante a la clase trabajadora argentina, decidió un camino férreo, a los compañeros ferroviarios que están sirviendo larga prisión por haber cumplido con sus deberes de militantes sindicales libres y a los profetas que han tenido que expatriarse huyendo de la represión del poder. Perón hizo mención especial de fraternal afecto al camarada Jacinto Oddone, encarcelado en causa de una huelga de sentimiento de venganza. Señaló peligros serios para las libertades republicanas y derechos personales, reprimidos a los trabajadores de la burguesía criolla la enorme máquina de corrupción que tienen en marcha para desnaturalizar la conciencia cívica de la ciudadanía. Expuso preocupaciones del Partido Socialista por preservar las libertades y la independencia política y proclamó al movimiento socialista democrático como el más profundo y genuinamente nacional de los partidos políticos uruguayos.

Todos los oradores fueron largamente aplaudidos. La organización obrera uruguayo recibió un cordial mensaje de parte de las Trade Unions británicas, suscrita por su secretario general, Vincent Tewson.

Florilegio anarquista

Si colaboras de cerca ni de lejos con los organismos, estado o el sistema, no puedes haber conseguido mejoras positivas que en el exterior vemos brillar por su ausencia. Este es el primer día de Mayo en C.N.T., Toulouse, 1-7-51.

¿Qué hacen en Francia, por ejemplo, los millones de manifestantes, soldados en organismos complejados, adaptables, plagiados, cual la CGT, la C.G.T.-P.O., la sindicalista, la Federación de los autónomos, etc., etc.?

A un señor que puede ir y venir de América con cargo al correo público, le ha dado por andarse con florilegios traidores con respecto a los anarquistas. Dejó a un marabote jardinería al señor, y volvió a México. Al bar... con ese señor Flores en nuestra nariz, cuando se trata de aetas en su orgullo.

De «Ziglas» en C.N.T., Toulouse, 1-7-51. Que no falten mutilados de la guerra de España capaces de explicar al actual director de EL SOCIALISTA cosas y casos realmente ilustrativos, con el único brazo que les queda. Luis Ortigas, en C.N.T., Toulouse, 1-7-51.

Imprimerie Spéciale de EL SOCIALISTA
Gérant: R. DONAS
20, rue Sainte - Marselle

El reciente discurso, y para dejar bien marcado en qué consisten los supuestos derechos de don Juan de Borbón y Battemberg a reinar en España, lei y comenté la alocución que su padre dirigió al país cuando abandonó España, alocución con valor de testamento político. Antes de examinar ese documento había yo analizado en dicho discurso la Constitución de 1878, mediante la cual se restauró el trono, Constitución jurada por Alfonso XII y Alfonso XIII, y señalando cómo este último incumplió el pacto constitucional, demostré que sus reales derechos habían quedado abolidos por perjuicio en 1923. Así lo declaró el pueblo apenas encontró covuntura para ello en las elecciones del domingo 12 de abril de 1931. El rey destronado, en su alocución del 16 de aquel mismo mes, comenzó diciendo: «Las elecciones celebradas el domingo me revelan claramente que no tengo hoy el amor de mi pueblo». Y sin llegar a una abdicación formal, la realizó condicionalmente al añadir: «Espero a conocer la auténtica y adecuada expresión de la conciencia colectiva, y mientras habla la nación, suspendo deliberadamente el ejercicio del Poder real y me aparto de España, reconociéndola así como única dueña de sus destinos». La expresión de la conciencia colectiva tuvo lugar en 1931, 1933 y 1936, tres elecciones legislativas aprovechadas por el pueblo para ratificar su confianza en la República, dejando reducida la representación monárquica en las Cortes Constituyentes y en las otras dos ordinarias a un número insignificante. En consecuencia, ni existen derechos legítimos de sucesión de parte del hijo de Alfonso XIII a una corona que éste tiró por el balcón, ni se cumplirá la voluntad testamentaria del último rey de España si algún descendiente suyo subiera al trono, bien a virtud de un traspaso de poderes que hiciera Franco o bien a consecuencia de cualquier pronunciamiento militar, pues ninguno de los dos procedimientos sería expresión auténtica y adecuada de la opinión que don Alfonso decidió aguardar.

UN ARTICULO DE PRIMO DE RIVERA

TOCAME hoy analizar la última voluntad de José Antonio Primo de Rivera, cuyo nombre se utilizó para la sublevación, sirviéndola de estandarte al programa de Falange Española, de la que fue fundador y era caudillo. Para hacerlo me hallé en excepcionales condiciones, pues fueron a dar a mis manos y los conservo, cuantos papeles guardaba en su celda de Alicante José Antonio, figurando entre ellos su testamento escrito el 18 de noviembre de 1936, al día siguiente de ser condenado a muerte.

Pero antes de ocuparme del testamento fijaré mi atención en otros papeles de Primo de Rivera. Hay copia de un artículo suyo, que titulé: «Primo se acerca a la Falange». Comentando el discurso que yo pronuncié en Cuenca el Primero de Mayo de 1936, dice: «El discurso del tribuno socialista se pudo pronunciar, casi de la cruz a la fecha, en un mitin de Falange Española. Algunos párrafos enteros me han parecido el espíritu como cuencuetos felices con viejos amigos que uno habla de dejar de ver. Aquí, en mi celda, tengo la colección del semanario «Arriba», donde está impreso el texto literal de los discursos pronunciados en actos de Falange. Es un deleite comprobar cómo frases casi textuales nuestras, y sobre todo pensamientos característicos, han sido trasplantados al discurso del orador de Cuenca... El articulista, a fin de demostrar esa identidad de pensamiento, va reproduciendo frases y extractando párrafos de aquella oración mía, para exclamar luego: «¿Qué lenguaje es éste? ¿Qué tiene esto que ver con el marxismo, con el materialismo histórico, con Amsterdam ni con Moscú? Esto es preclaro, es un espíritu de la revolución con sentido nacional. La revolución nacional. La de la Falange. Y hasta con la cruda descalificación de la España caduca que la Falange fulminó muchas veces». Para probar la similitud de lenguaje, Primo de Rivera termina exhumiando palabras suyas pronunciadas el 19 de mayo de 1935 en el Cine «Madrid».

Dos años después, cuando, ya libre de las responsabilidades del Gobierno, tuve ocasión de leer el artículo, escribí: «No es ahora propósito mío analizar si son reales o aparentes las coincidencias apuntadas por el fundador de Falange. Me limito a consignar que nada nuevo dije en Cuenca. Precisamente lo que Primo de Rivera copia de mi discurso con más fruición es un párrafo que yo dije tres años antes a orillas del Guadiana al inaugurar, como ministro, las obras del pantano de Cijara. El lector encontrará en el discurso de Cuenca ideas expuestas en Torreledones el 6 de agosto de 1933, que repetí, casi con las mismas palabras, el Primero de Mayo de 1936. No pudo, pues, haber de mi parte la trasplantación que Primo de Rivera me atribuye. Lo nacional ha sido siempre musa de mi propaganda y de mi conducta, de todos mis actos. Si se quisiera encontrar antecedentes más lejanos, podríamos, pasando por mis campañas parlamentarias, retroceder hasta los albores de mi vida pública, cuando, elegido diputado provincial de Vizcaya, comencé mi zarandeo por las tribunas de teatros, plazas y praedras. Recuerdo un mitin que, con motivo de las elecciones edilicias, se celebró el año 1911 en el frontón de Ortuella, donde el tema de mi disertación fue el encadenamiento armonioso de las actividades municipales, provinciales y nacionales para señalar a los representantes socialistas salidos de los comicios el deber primordial de defender los intereses del respectivo sector local o regional sin otras limitaciones que las impuestas por el supremo interés de la patria. Y entonces no había nacido Falange Española y José Antonio Primo de Rivera contaba sólo ocho años». Y añadió: «Acaso en España no hemos conocido con serenidad las respectivas ideologías para descubrir las coincidencias, que quizás fueran fundamentales, y medir las divergencias. Probablemente secundarias, a fin de apreciar si éstas valían la pena de ventilarlas en el campo de batalla».

LOS CONSERVADORES Y EL JEFE DE FALANGE

DE cómo trataban a Primo de Rivera los monárquicos conservadores y de cómo los trataba él, ofrece prueba elocuente el borrador manuscrito de una carta — carta no cursada, según nota del propio José Antonio — dirigida por éste al director de «La Epoca», decano de los diarios españoles y órgano de los alfonsinos conservadores. He aquí su texto, copiado a la letra: «4 de Julio de 1936. J. I. Valdeiglesias. Me dicen que «La Epoca» —ese mo-

Antecedentes El testamento de Primo de Rivera por Indalecio Prieto

La revista «Mañana», de Méjico, publicó el 24 de Mayo de 1947 este artículo de Indalecio Prieto, ilustrándolo con reproducciones fotográficas de fragmentos de los documentos autógrafos de José Antonio Primo de Rivera que dentro del artículo aparecen copiados. Circunstancias de diversa índole justifican hoy la reproducción de dicho trabajo, que repleta en forma fidedigna como pensaba el fundador de Falange y cuán distante de su pensamiento está el rumbo dado a la gobernación de España.

desto sapo semiclandestino — que sigues editando con las pesetas que nos timaste a unos pocos, entre ellos a mí, se mete conmigo. Excuso decirte el inmenso regocijo que ello me proporciona. Si Vigón, tú y demás genticilla de «La Epoca» me creyérais ya vencido y fracasado, sería natural que me guardaseis todas las consideraciones, aumentadas por mi actual estado de preso, en que me es imposible contestar adecuadamente a las canaladas.

Pero no podéis conservar respecto de mí ni siquiera la serenidad (no digo la caballerosidad, que desconocéis) porque os desasosiega y os irrita ver que, preso y todo, sigo representando en España mucho más que «La Epoca», tú, Vigón y toda vuestra visible compañía. Ya comprenderéis que me doy cuenta muy bien de que lo que os duele es la conciencia de vuestra resentida inferioridad; a ti, personalmente, el ser feo, tonto, inútil, mil veces derrotado en empresas amorosas y, por último, hijo de una madre y de un padre de los que no te puedes enorgullecir.

Así sois todos: vencidos, resentidos, envidiosos... ¿Cuántos fracasos íntimos no se agitan en la rabia con que me favorece Vigón? Podéis seguir mordiéndolo en ese papelecito que —para redoblar vuestra ira— no lee nadie. Si paliséis la pena de que os tuviera odio, ¿qué mayor delicia para mí odio que saberlos recomidos, recocidos, impotentes en vuestra envidia? ¡A fastidiarse, amigos!».

Pues bien, los que ese trato daban a Primo de Rivera y ese trato recibían de ellos maltratados se unieron subversivamente contra la República, dos semanas después de que José Antonio escribiera tan dura carta al hijo del marqués de Valdeiglesias. «Mi ofrecimiento». Corresponde a otros, y lo harán con delectación, realizar las censuras de Primo de Rivera a la República, enumeradas en los primeros renglones. A mí, dada la finalidad que busco ahora, me toca destacar la perfecta previsión de los efectos del alzamiento triunfante. Primo de Rivera acertó completamente. El «viejo carlismo, intransigente, cerril y antipático» preponde- «las clases conservadoras, interesadas, cortas de vista, perezosas» han explotado hasta lo indecible al nuevo régimen, si bien, áhitas, parecen ahora asustadas; «el capitalismo agrario y financiero» monstruosa e insaciable sanguijuela adherida al desmayado cuerpo de España, muéstrase «falante de todo sentido nacional de largo alcance».

QUIEN DE UN MANIFIESTO POLITICO

CUANDO la sublevación estalla, se comunica a Primo de Rivera en la cárcel de Alicante. Durante aquella soledad y aquel silencio, el preso traza el guión de un manifiesto político por sí le fuera dado concluirlo y publicarlo. Lo transcribo con absoluta fidelidad, en su misma forma, debiéndose al autor, y no al copista, abreviaturas, puntos suspensivos, etcétera. «Situación: No tengo datos de quién lleva la mejor parte. Por lo tanto, pura síntesis moral. «A. Si gana el Gob. I.º — fusilamientos; 2.º — predominio de los partidos obreros (de clase, de guerra); 3.º — consolidación de las castas de españoles (funcionarios cesantes, republicanzación, etc.). «Se dirá: el Gob. no tiene la culpa. Los que se han sublevado son los otros. «No: una rebelión (sobre todo tan extensa) no se produce sin un profundo motivo. «Reaccionarismo social? «Nostalgia monárquica? «No: este alzamiento es, sobre todo, de clase media. Hasta geográficamente, las regiones en que ha arraigado más (Castilla, León, Aragón) son regiones de tono pequeño burgués. «El motivo determinante ha sido la insufrible política de Casares Quiroga. «Persecuciones. «Vejeciones. «Atropellos... «Ejemplo: yo. Mi actuación parlamentaria. «Ref. agraria... «Proposición acusatoria... «Asunto de Guinea... «Mi conducta política; «Persecución por las derechas. «Exclusión de candidaturas... «Con esfuerzo y sacrificio he logrado

PROYECTO DE GOBIERNO NACIONAL

COMO complemento del manifiesto político, Primo de Rivera, mientras la guerra civil se extendía, redactó el siguiente programa para un Gobierno de carácter nacional: «1. — Amnistía general. «2. — Reposición de los funcionarios declarados cesantes a partir del 18 de julio. «3. — Disolución y desarme de todas las milicias. La existencia comprobada de grupos organizados militarmente hará recaer la responsabilidad sobre las asociaciones o partidos con las que mantengan relación notoria. «4. — Alzamiento del estado de orden y previsión. (Si, por razones de orden

Fichas Un «haiga» eminente

Méjico, junio 27 (SIS). — Desde hace días se encuentra en Méjico uno de los personajes más influyentes de la España franquista, todopoderoso en el campo de los negocios, y no lícitos, precisamente. Se trata de Julio Muñoz, hombre popular en los medios políticos e industriales de la España actual. Los periódicos se han ocupado de la llegada de tal capitán de empresa. «Excel-sior» diario que se ha distinguido siempre por su simpatía hacia el régimen franquista, lo retrata así:

«Hombre de empresa y aventura, inició su carrera triunfal al concluir la guerra civil española, con el apoyo de jefes militares prestigiosos y de banqueros. Personaje fabuloso de la España nueva. Muñoz controla el 17 por ciento de la industria textil española: más de dos mil quinientos millones de pesetas. También maneja las importaciones de algodón y otras fibras. Julio Muñoz se encumbró con el apoyo de un ministro hispano de Industria y Comercio, don Julio Carceller y de su suegro, el banquero valenciano Villalonga, director principal del «Banco Central».

A nuestro país llegó con el propósito de aprovechar el convenio de intercambio y llevar algodon mejicano para las industrias catalanas. El convenio compromete a Méjico a enviar a España mil pacas anuales. La industria textil catalana consume más de cuatrocientos mil. Don Julio Muñoz, que amasó su fortuna en diez años — de 1939 a 1949 —, gestionará con los bancos de aquí la ampliación, hasta el máximo, del intercambio entre Méjico y España. Interrogado por «Excel-sior», el señor Muñoz informó que su viaje a Méjico no tiene significación política. Un reportero — y no de «Excel-sior» — preguntó al señor Muñoz acerca de la actual situación en España. El negociante catalán, refiriéndose al problema económico de su país, dijo: «La situación es satisfactoria». Sobre los recientes movimientos de protesta por el alto costo de la vida en España comentó: «Eso son problemas políticos... Yo no entro en ellos... Vengo a tratar un problema de intercambio comercial... Soy, simplemente, un vicepresidente del Banco Central». Don Julio no quiso precisar a cuántos pesos, cientos, miles o millones de pesos, podría ascender el intercambio que él pretende.

Procedimientos stalinianos Espías e informadores en los barcos polacos

Por fuentes fidedignas se ha sabido en el Secretariado de la C.I.O. S.L. que la marina mercante polaca, la más importante de todos los países satélites, ha sido recientemente dotada de un sistema completo de espías y de agentes informadores, no sólo para vigilar las tripulaciones, sino también, para mantener enlaces en nombre del Kominform con los grupos comunistas de marinos y de dockers de todo el mundo.

Estas dos funciones parece que van a dividirse entre el representante de la policía secreta y una rama especial del Kominform, conocida por las iniciales J.U.G. El agente de la J.U.G. para vigilar los buques de este año es el capitán polaco que deserte de su barco a un puerto de la Europa occidental por la labor efectuada después que el capitán del barco. Un marino polaco que deserte de su barco a un puerto de la Europa occidental por la labor efectuada después que el capitán del barco.

El comisario político en los barcos polacos ejerce diversas funciones. Da conferencias sobre comunismo y sobre problemas técnicos, en general, la persona que ocupa tal cargo es un simple marino, sin ninguna preparación. Es el responsable del sistema de competición en el trabajo. Este sistema implica la atribución de «puntos» por la labor efectuada y el despacho a favor de los trabajadores de certificados de buena conducta. Cuando un trabajador no cumple con los deberes que se le espera el comisario sufre castigos que van desde la retención del 10 por 100 de los salarios hasta la pena de 3 meses de prisión.

Tal comisario está sobre todo encargado de organizar el servicio de espionaje en los puertos extranjeros. En dichos puertos los marinos sólo pueden desembarcar en grupos de tres. De tal modo siempre hay uno de ellos que permanece al comisario sobre la conducta de los otros dos. Se trata de los marinos no en los noticios como, por ejemplo, Ruiz Funes, Hacienda: Venlosa, I. Pública: Ortega y Gasset. O. Públicas: Prieto, I. y Comercio: Viñuales. Comunicaciones: Trabajo y Sanidad: Marañoñ.

Más tarde formuló la lista de su proyectado Gobierno en la forma siguiente: Presidente: Martínez Barrio. Estado: Sánchez Román. Justicia: Alvarez (D. M.) Guerra: el presidente. Marina: Maura (M.) Gobernación: Portela. Agricultura: Ruiz Funes. Hacienda: Venlosa. I. Pública: Ortega y Gasset. O. Públicas: Prieto, I. y Comercio: Viñuales. Comunicaciones: Trabajo y Sanidad: Marañoñ.

EL TESTAMENTO

EL testamento ológrafo de José Antonio Primo de Rivera está extendido en cuatro hojas, tres de ellas manuscritas por anverso y reverso, recogiendo la cuarta las quince líneas finales, y todas autorizadas con la firma del testador al margen. Divídese el testamento en dos partes: una política y otra personal. De la primera entresaco los párrafos siguientes: «Me asombra que aún después de tres años la inmensa mayoría de nuestros compatriotas persista en juzgarnos sin haber empezado ni por asomo a entendernos y sin haber procurado ni aceptado la más mínima información. Si la Falange se consolidó en cosa duradera, espero que todos perciban el dolor de que se haya vertido tanta sangre por no haberse abierto una brecha de serena atención entre la saña de un lado y la antipatía de otro. Que esa sangre vertida me perdone la parte que he tenido en provocarla, y que los camaradas que me precedieron en el sacrificio me acorran como el último, de ellos.

«Ayer por última vez expliqué ante el tribunal que me juzgaba lo que es la Falange. Como en tantas ocasiones, repasé y aduje los viejos textos de nuestra doctrina familiar. Una vez más observé que muchísimas caras, al principio hostiles, se iluminaban primero con el asombro y luego con la simpatía. En sus rasgos me parecía leer esta frase: «¡Si hubiéramos sabido que era esto no estaríamos aquí!» Y ciertamente no hubiéramos estado allí: ni yo ante un Tribunal Popular, ni otros malandantes por los campos de España. No era ya, sin embargo, la hora de evitar esto, y yo me limité a retribuir la lealtad y la valentía de mis entrañables camaradas ganando para ellos la atención respetuosa de mis enemigos».

«No puedo desde aquí lanzar reproches a mis camaradas que ignora si están ahora sabio o erróneamente dirigidos, pero que a buen seguro tratan de interpretar de la mejor fe, pese a la incomunicación que nos separa, mis consignas y doctrinas doctrinas de siempre. Dios haga que su ardorosa ingenuidad no sea nunca aprovechada en otro servicio que el de la gran España que soñó la Falange. «Ojalá fuese la mía última sangre española que se vertiera en discordias civiles. Ojalá encontrara ya en paz el pueblo español, tan rico en buenas cualidades entrañables, la patria, el pan y la justicia. «Creo que nada más me importa decir respecto de mi vida pública. En cuanto a mi próxima muerte, la espero sin jactancia, porque nunca es alegre morir a mi edad, pero sin protesta».

«La ardorosa ingenuidad» de Falange ha sido aprovechada en servicios muy distintos al de la gran España soñada. Si, soñada, porque José Antonio Primo de Rivera fue un soñador con sueños cimentados en violencias. El sistema capitalista de Falange Española de las JONS, se ha desentendido más que nunca de las necesidades populares. «No es tolerable — decía el punto 12 — que masas enormes vivan miserablemente mientras otros cuantos disfrutan de todos los lujos». Jamás el lujo fue tan ostentoso ni la miseria tan terrible como hoy lo son en España. «Todos los españoles — rezaba el punto 13 — tienen derecho al trabajo». Ese trabajo se niega a cuantos no se avienen al vasallaje ante la tiranía. No se ha distribuido «de nuevo la tierra cultivable para instituir la propiedad familiar», según disponía el punto 19, ni el Estado se ha decidido a «expropiar sin indemnización las tierras cuya propiedad haya sido adquirida o disfrutada ilegítimamente». En fin, ningún avance social de los propuestos por Primo de Rivera se realizó. ¡Nada! España, lejos de engrandecerse, se ha arruinado. Los resultados desfavorables del alzamiento han ido más allá, mucho más allá, de lo que José Antonio previó. España se hunde a consecuencia de una espantosa guerra civil que costó más de un millón de vidas.

Primo de Rivera se lamenta de que no se hubiera entablado diálogo con la Falange. No cayó en cuenta que las pistolas sirven mal para prologar diálogos. Y tras las pistolas vinieron los fusiles, las ametralladoras, los tanques, los aviones... Vinieron, en fin, el colosal fratricidio.

OTRO BUEN FRANQUISTA

Noticia que tomamos de «Le Soir», de Marsella, del 28 de junio de 1951: «Madrid. — En el curso de una audiencia de un tribunal militar reunido ayer en Madrid, el fiscal pidió la pena de quinientos sesenta años de prisión contra el teniente coronel Ramón Montero, oficial de Caballería de 47 años de edad. Montero está acusado, en unión de dos civiles, de cincuenta y seis casos de venta fraudulenta de vehículos militares después de la guerra civil. El fiscal pide diez años de prisión por cada caso. Las conclusiones del tribunal no han sido aun hechas públicas. Eso es todo».

LOS SINDICATOS FRANCESES CONTRA FRANCO

Otra resolución de solidaridad con nuestra causa

«El Congreso nacional de la Federación de Servicios Públicos y de Sanidad, la CGT-Force Ouvrière, reunido en Pau los días 23 al 26 de mayo de 1951.

Afirma sus sentimientos fraternales y de solidaridad con la España republicana;

Saluda a los huelguistas y manifestantes antirfranquistas de Cataluña, del País Vasco, de Navarra, de Madrid y de todas las otras provincias que combaten contra la dictadura del verdugo de España y luchan por el restablecimiento de la libertad y la democracia en su país;

Considera un deber para los sindicalistas libres y en ayuda efectiva de los combatientes de España;

Aprobó los llamamientos a la solidaridad lanzados por el Secretariado de la CGT-F.O. y demanda a todos los Sindicatos de la Federación de Servicios Públicos respondan unánimemente a esos llamamientos en favor de sus camaradas españoles».